

hacia una democracia

En noviembre del 2001 titulamos esta columna "entre el derrumbe y la esperanza". A los pocos días - entre el 19 y el 20 de diciembre - el pueblo de Buenos Aires obligaba la renuncia del superministro Cavallo y luego la del mismo Presidente De la Rúa. Entre broncas, hartazgos y reclamos aparecía en la escena el fenómeno de los "cacerolazos" como expresión política de un sector social que hasta ese momento, en muchos casos, miraba con pocas simpatías las protestas de otros, como los paros de los obreros o los cortes de rutas de los desocupados. Los cacerolazos fueron, al menos en sus inicios, la protesta de los sectores medios y medios altos que perdieron sus ahorros cautivos en el "corralito". De los cacerolazos se pasó a las asambleas barriales, del ruido se pasó al debate, donde se fueron incorporando otros reclamos como la renuncia de la Suprema Corte de Justicia, el rechazo a los políticos, algunos problemáticas locales, o la misma situación general de otros sectores, llegándose en algunos lugares a una cierta coordinación entre las cacerolas y los piquetes, expresión de la lucha de los desocupados.

Aunque en sus comienzos los cacerolazos hayan sido principalmente un fenómeno porteño, llegó a repetirse en algunas otras de las grandes ciudades del interior del país con reivindicaciones propias, como en Córdoba la exigencia de renuncia del intendente Kammerath. El hecho de que el fenómeno haya tenido su epicentro en Buenos Aires explica la magnitud de su resonancia. La sociedad, los medios de comunicación masiva, las expresiones del poder oyeron picar cerca el ruido de la protesta. Hasta entonces ya hacía más de dos o tres años que los desocupados venían multiplicando cortes de rutas en el extremo sur o norte del país. Muchas otras luchas han quedado ocultas e ignoradas, sin la repercusión política del fenómeno porteño. ¡Pobres y del interior! Salvo en los casos, que fueron varios, donde se lamentaron víctimas, la intensa y continua lucha de los desocupados o estatales del interior no había alcanzado para cubrir las principales pantallas de los medios masivos

de comunicación. Sin embargo, que haya ocurrido en Buenos Aires, cuyo conurbano marginado también ha crecido en la protesta, posibilitó que otros sectores, por primera vez, descubrieran que existía otro país al que antes no le habían prestado el oído.

Lo cierto es que asistimos a un momento social diferente, cuyas consecuencias en lo político todavía no pueden predecirse. Aunque sí podemos constatar:

1. Una mayor participación social, voluntad de protagonismo y toma de conciencia sobre aspectos de la realidad política y económica que ha roto la apatía, despertando el interés ciudadano.
2. Relacionado con lo anterior, la pérdida del miedo, que todavía se sufría como lastre de los años negros de la dictadura militar.
3. Un profundo cuestionamiento a la llamada clase dirigente, de todos los niveles, aunque principalmente política. Y con ello la aversión a las estructuras partidarias y, en menor medida, otras organizaciones hoy debilitadas, como los sindicatos o los centros vecinales tradicionales.
4. El surgimiento, aún embrionario, de nuevas instancias de participación ciudadana, que sin duda darán origen a nuevas formas de organización social y quizás de allí también puedan surgir otras formas de estructuración política, que demandará la urgencia de viabilizar una auténtica reforma, para otorgar legitimidad a la representación política hoy cuestionada.

Estos cambios que vamos percibiendo en la sociedad argentina, -sin duda que como efecto no querido por el poder hegemónico- tienen como trasfondo las consecuencias de la persistente aplicación del modelo neoliberal, que ha acarreado no sólo el desmantelamiento económico del estado (me-

dante privatizaciones, políticas impositivas, etc.) sino también su vaciamiento político, en la medida en que la gente experimenta que no le resuelve sus necesidades elementales ni le sirve para garantizarle su carácter ciudadano. La desaparición del estado, a la que ha contribuido una dirigencia política convertida en gerente del poder económico, requiere plantearse un proceso de reconstitución democrática que debe sustentarse en la consolidación organizativa de los diferentes estamentos de la sociedad civil. Quizás no sea un proceso de la noche a la mañana. Tampoco conviene recurrir a recetas previas. Las nuevas alternativas que irán surgiendo recogerán algo de la experiencia, incorporando nuevas categorías, actores y propuestas.

También habrá que desmontar los nuevos mitos que hacen su aparición ante el agotamiento de los anteriores (riesgo país, blindaje, megacanje, déficit cero, default). Los fantasmas que se esfumaron llevándose nuestra plata y acrecentando nuestra deuda externa. Ahora ha recrudescido la idea de que sin el Fondo Monetario Internacional no hay salvación. Y nos apabullan con mentiras para convencernos de que debemos ajustarnos a cumplir con todas sus exigencias: seguir despidiendo empleados, reducir el presupuesto educativo, privatizar lo poco que queda, eliminar la banca pública para dejarle el negocio financiero a la gran banca extranjera, controlar los gastos de las provincias, modificar las leyes para salvar de la cárcel a los delincuentes financieros, como los dueños de bancos que se llevaron los dólares al extranjero. Deberíamos aprender de Etiopía, más pobre que nosotros, que no aceptó las recetas del FMI, le suspendieron la "ayuda exterior" y sin embargo pudo seguir favorablemente su lucha contra la pobreza. El Presi-

nueva y diferente

dente Duhalde ha dicho que no todo puede hacerse como lo exige el FMI, pero en la práctica las medidas que se toman (por ej. la modificación de las leyes de quiebras y de subversión económica) son las exigidas por el "salvador", que de todos modos no ha dado ni señal de acceder a los préstamos solicitados. Todo esto tiene como correlato a nivel social el aumento de la desocupación, el deterioro en la calidad de vida, la ruptura de valores en la convivencia y un proceso de anarquía y violencia social, si en el camino de la resistencia y de la lucha no se construyen las herramientas organizativas para canalizar las políticas de los sectores populares, mediante el fortalecimiento de una democracia real, que evite el retorno del autoritarismo. Ya vuelven a caminar los que anhelan y fomentan el caos para justificar la represión, anular los avances en la organización popular y recomponer el consenso para una salida autoritaria.

El modelo neoliberal, que supo apropiarse de las democracias formales luego de las represiones de las dictaduras militares en Latinoamérica, vislumbra el agotamiento de los mecanismos democráticos. Ya no les alcanza para garantizar el control de la sociedad. De allí que vuelvan a aparecer los predicadores autoritarios, requiriendo o promoviendo instrucciones para la represión. En realidad el mismo poder económico ha desgastado al poder político, vaciando el contenido democrático de las instituciones del Estado. La intrínseca y necesaria corrupción que han alentado y practicado para garantizar la defensa de sus intereses -mediante el dictado de leyes, el manejo de la justicia o la ejecución de políticas- ha terminado por socavar la credibilidad de la gente tanto en las instituciones democráticas como en quienes las dirigen. Los políticos convertidos en "ge-

rentes" de los grandes centros del poder mundial también serán descartados por sus mandantes, si no les siguen garantizando la acumulación de riquezas. Y este es el aliento a las salidas golpistas como en Venezuela, promovida por "el paradigma de la democracia" que encarna los EE.UU.. El globo de ensayo no funcionó, pero el camino está señalado. Y quizás sea una advertencia para Lula, del Partido de los Trabajadores, que seguramente ganará las próximas elecciones presidenciales en Brasil.

✦ Junto a este deterioro de las formas políticas de la democracia, que se encarna en las conductas de presidentes, ministros, senadores, diputados, gobernadores, intendentes, concejales, jueces, etc., se viene gestando una nueva sociedad. Perdido el lastre del miedo y rota la apatía, la sociedad argentina - en gran medida- está en inmejorables condiciones para fortalecer un ejercicio de participación en la construcción democrática. A eso contribuirá el funcionamiento de las asambleas barriales, si no son "manijeadas" por los eternos y reducidos grupos políticos, que no pierden sus mañas y cosechan la virtud de espantar el renacimiento de la participación ciudadana. Estas asambleas irán creciendo en organización y profundizando en su reflexión. Surgirán de allí propuestas y acciones que respondan a las necesidades inmediatas de los sectores involucrados, pero crecerá también la conciencia de que las situaciones locales están ligadas a los procesos generales. Porque ese rechazo a la política que se respira hoy en la sociedad, contiene en realidad la aspiración de promover nuevas formas de hacer política, más genuina, participativa, honesta, útil a la gente. Ya no más los mitos de la representación delegada a la clase dirigente. Viene creciendo la conciencia sobre la necesidad de la democracia

directa y de que cualquier ciudadano que sea honesto y fiel puede encarnar la ejecución de un mandato popular, teniendo la ciudadanía el poder de revocárselo apenas asome una traición o infidelidad.

Mediante el fortalecimiento de una verdadera democracia, realmente participativa, con organizaciones populares articuladas asumiendo un activo rol en la definición y ejecución de las políticas que atañen directamente a la calidad de vida de la gente, será posible pelearle la hegemonía al poder económico concentrado que se ha adueñado del poder político, vaciando al estado y desvirtuando la democracia para seguir acumulando las riquezas que deberían ser de todos. Esta es la disputa política principal, que ningún gobernante se ha decidido a encarar en Argentina. Porque la forma de contrarrestar al poder económico es promoviendo la consolidación del poder popular, que requiere alentar su organización y movilización. Es importante en este sentido la experiencia del Frente Nacional contra la Pobreza, con desarrollo diferente en las distintas provincias, que se presenta como una articulación social para impulsar una propuesta política, que no es partidaria ni electoralera, sino que apunta a resolver el problema central de la redistribución de la riqueza para que no haya ningún hogar pobre en la Argentina. La Consulta Popular promovida el año pasado para el Seguro de Empleo y Formación, se mostró como una oportunidad para involucrar al conjunto social en una experiencia de participación y organización que necesariamente debe consolidarse mediante otras propuestas y acciones. Y esta podrá ser una tarea para los movimientos sociales, las organizaciones populares, las asambleas barriales o las juntas zonales promotoras del Frente Nacional contra la Pobreza. Tarea ineludible si visualizamos el agravamiento de la situación social con la agudización de la pobreza y la lucha por la sobrevivencia.

Luis Miguel Baronetto
Córdoba, abril 2002